



GUILLERMO FELIU CRUZ

“cascarrabias” y sentimental

Un bungalow lleno de sol y un jardín donde brota exuberante la naturaleza verde. En su interior, un angosto pasillo en cuyos muros “habitan” casi 35 mil libros: “Es mi biblioteca, la que legaré al Estado como un deber cívico, sea aquél comunista, socialista, demócratacristiano o nacional”.

Firme, tajante y a la vez sentimental, quien así habla tiene 72 años de edad y se halla enfermo: sentado en un sillón, conversa en voz baja, tose con dificultad y toma regularmente sus medicamentos, no obstante su mente razona con

lucidez y su figura de anciano contrasta con la agilidad de sus palabras. “Lo que ocurre es que tengo cáncer”, dice con una frialdad sorprendente. A Guillermo Feliú Cruz —historiador con una bibliografía que comprende 584 títulos y un significativo y reciente homenaje que le fue rendido por el Congreso Nacional— no le gusta el secreto habitual en torno a las enfermedades y prefiere evitarlo declarando simplemente la verdad: “A sí les ahorro las especulaciones...”

De familia talquina, llegó a Santiago a los dos años de edad. Hizo sus primeros estudios en el Instituto Nacional “de donde me echaron porque era un chiquillo revolucionario que amotinaba a la gente”. Los continuó en el Liceo de Aplicación: “allí me nombraron jefe de curso y bastó que me dieran una responsabilidad para que yo pasara a ser el mejor colaborador del Liceo”. Cuenta que desde entonces sentía una pasión irresistible por la historia y era “un excelente alumno en ramos humanísticos”, lo que no le ocurría en el campo científico (“tengo un desprecio soberano por lo científico y soy incapaz de cualquiera abstracción matemática”). A raíz de “un momento de amargura, desengaño y desconsuelo” terminó con sus estudios y se fue a la Biblioteca Nacional a realizar trabajos de investigación. Allí conoció al hombre que dirigiría su vida: Enrique Matta Vial. “Era de una modestia tal que podría decirse que el lugar en que se encontrara no ocupaba hueco, y yo fui la arcilla que él fue modelando”. Lector empedernido, recuerda que “de los mozos de mi edad nadie había leído tanto como yo”.

Conservador de la Sala Medina y discípulo favorito de José Toribio Medina, llegó a ser Director de Bibliotecas, Archivos y Museos. Miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y de la Academia Chilena de la Historia —donde obtuvo la Medalla de Oro— confiesa su amor por la vida: “He sido bebedor y no me han parecido mal las mujeres. Fui un hombre de club, de cantina. Me encanta la conversación en la vara...” Pero nunca estuvo dispuesto a que se distorsionara su imagen: siendo joven, lo apodaban a él y sus amigos “los prácticos de la Bahía” por el nombre del restorán donde se juntaban a tomar unas copas, hasta que se cruzó en la calle con un par de señores respetables quienes comentaron: “Qué lástima que ese mozo con tantas condiciones esté borracho”. Guillermo Feliú dejó el alcohol durante 20 años, para luego comenzar a beber nuevamente “después de la muerte de la Inés, mi mujer”.

Más bien retraído, su vida social se reduce actualmente a reuniones matinales en el “München” con once amigos que conversan de todo, “sin sectarismos ni violencia”. En las tardes permanece en su casa, y a las 7.00 PM se sienta frente a la televisión. Sus programas predilectos: Bonanza, Misión Imposible y Patrulla Juvenil. No ve los espacios políticos: “Es la mugre del juego sucio de los partidos”.

Se advierte su gusto por la comida cuando habla con entusiasmo de las patitas de chanco, el arrollado, la chuchoca y el arroz con mote. Se reconoce “modesto, falto de ambición y con deseos de trabajar”, mientras se acusa “porfiado y con una reconocida fama de mal genio”. Este hombre, cuya imagen trasluce dureza y rigidez, se emociona con facilidad, la soledad lo angustia porque trae recuerdos y “uno dialoga con quienes no contestan”. Habla de sus dos hijos con orgullo (ella, profesora de Biblioteconomía y segunda Secretaria de la Biblioteca del Congreso, y él, ingeniero, que fuera Gerente General de FENSA y Secretario General de SOFOFA), pero, al referirse a sus 5 nietos que hoy viven con sus padres en Sao Paulo, se le empaña la mirada: “El cariño es egoísta, sobre todo a los 72 años...”

—Lo del cáncer, ¿es una apreciación suya o se lo han dicho los médicos?

—Exigí que me lo dijeran y así fue. Me han hecho 86 aplicaciones de cobalto y tengo cáncer a la laringe. Claro que yo no creo que vaya a morir así no más.

—¿Suele pensar en la muerte?

—Sí y espero que me llegue tal como estoy. Creo que así se mueren los de cáncer, mientras se los va consumiendo la hemorragia; eso sí que desearía que la muerte me encontrara rodeado de mis hijos y mis nietos.

—¿Se produjo algún cambio importante en su vida al saber el diagnóstico de su enfermedad?

—No. Lo he tomado con mucha naturalidad. En lo que noto un cambio es en la menor potencia de trabajo que tengo para escribir. La verdad es que tengo pocos dolores y los paso con gotas de baralgina. Dentro de unos días me harán una nueva intervención y durante dos meses no podré hablar ni una palabra.

—¿Qué piensa hacer en esos dos meses de silencio?

—Voy a terminar tres cosas que tengo pendientes: un estudio sobre Mitre, otro sobre Alcedo y un bosquejo de Arturo Alessandri. También me dedicaré a contestar cartas. Tengo actualmente 4 obras en impresión: dos en Buenos Aires, una en la Editorial Jurídica y otra en Nascimento. ¿Qué puedo pedirle a la vida después de una trayectoria tan larga?

—¿Proyecta su esperanza hacia un más allá?

—No. Yo creo que aquí termina todo. Soy agnóstico porque Dios no

me dio fe; no obstante leo diariamente "Imitación de Cristo" como consuelo en la desesperanza. Yo incluso le busqué a mi mujer un consejero espiritual, con el cual hice posteriormente un trato: cuando yo me esté muriendo, él cumplirá con su labor de sacerdote y a mí me dejará un resquicio... como dicen ahora. Soy algo así como un místico ateo y creo que sufren menos los que creen que los que no creen en nada.

—Usted ha sido una persona combativa y a la vez combatida, ¿no es así?

—Sí. He despertado simpatías y antipatías, debido a mi carácter firme y resuelto. Al hacer un examen de conciencia, he concluido en que quizás he sido algo violento en el trato. A la vez, mis mejores amigos han nacido de peleas violentas y fueron quienes en otro momento me odiaron. Todo esto me ha dado una fama de hombre de mal carácter.

—¿Y ello le importa a usted en la medida que pudiera significar un deterioro de su imagen?

—No, jamás me ha importado. Creo que la función pública es combativa y el que la ejerce está sometido a juicios. Piense que dirigir es contrariar, administrar es torcer voluntades, juzgar es diferir del juicio de otros. Son principios del radicalismo.

—¿Es acaso radical, políticamente hablando?

—Soy un radical sin pan, techo ni abrigo. Si quiere que le diga la verdad, este movimiento de Unidad Popular no me parece mal en sí, aun-

que considero que lo están haciendo mal y que están cavando su propia tumba. Soy un independiente de izquierda y revolucionario por herencia. No soy democratacristiano porque es el partido de la indefinición, ni nacional porque es el calcetín dado vuelta con la misma etiqueta.

—Pero usted no es marxista.

—No, no me gusta el marxismo, y los hombres que lo ejercen lo hacen odioso, están atrasados y juegan cartas obsoletas porque les permite vivir como espléndidos y maravillosos burgueses.

—¿Qué condiciones valora en los demás y qué defectos considera que empequeñecen más al ser humano?

—Admiro la seriedad, el respeto por la palabra empeñada, la honestidad para inspirar confianza en los demás, la hombría de bien. Lo peor en el hombre es la deslealtad, la hipocresía y todas las bajezas que de ella derivan.

—¿A qué le teme más en la vida?

—Al murmullo, que va destruyendo conscientemente la personalidad y las cosas por satisfacer apetitos personales.

—¿Cuál ha sido su peor fracaso?

—Un amor sin destino: me enamoré de una mujer bellísima, pero tanto ella como yo éramos casados. Su voz y sus ojos eran maravillosos. Ese recuerdo pone una nota triste en mi alma.

—Se diría nostálgico y a la vez inquieto por algo que no posee...

—Es cierto. Lo que busco en la paz, para no vivir con este suspenso diario. Quisiera ver a mi país próspero, grande, para lo cual tendremos que pagar un alto precio.

—¿Hay alguien que haya constituido para usted un modelo de vida?

—Quizás Arturo Prat. También Portales en su don de mando, pero deplorable por la sangre derramada; Diego Barros Arana en su entereza moral y Arturo Alessandri en su tremenda lealtad.

—¿Cuáles son a su juicio los mejores historiadores que ha tenido Chile?

—Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Vicuña Mackenna, Jaime Eyzaguirre, de primer orden, si bien estoy en absoluto desacuerdo con él. Otros: Julio Heisse, Javier González, Julio César Jovet, el Padre Guarda, Sergio Fernández y, aunque muchos lo critiquen, Ramírez Necochea.

—¿Y el peor?

—Robustiano Vera. Es amarga la pregunta.

No transcurre mucho tiempo sin que Guillermo Feliú abandone su reciedumbre intelectual para "aterrizar" en los sentimientos y emocionarse con facilidad. Su sensibilidad aparece a flor de piel y, antes de despedirnos, sugiere:

—Déjeme hacer yo mismo una pregunta para contestársela!

—Encantada.

—¿Qué es lo que más admiro en la mujer? La ternura. Sí, es muy importante la ternura en la vida. 



EN LA SALA MEDINA
Desde joven, su vida entre los libros.